



**Víctor R. Casartelli**

## **Todos los cielos**

### Índice

Cielo abierto  
Albor cercano  
Prodigio en un predio apenas ciudadano  
Ensueño en un patio de Ysaty  
Otro ensueño en Ysaty  
Luna  
Poesía  
Al pie de la letra  
Te vi venir  
Bajo otro cielo  
Exilio  
Para el destierro  
Zulmamor  
Carta a mi madre  
Bajo otro cielo  
Espejo del cielo  
Río a contraluz  
Itapytãpunta  
El barco abandonado

Asunción 1960  
Niño de la siesta  
Cierta invierno de antaño  
Arroyo de la infancia  
Lluvia  
Verona a orillas del mar  
La sed  
Ulises  
Cielo íntimo  
Vano dolor  
Memorias de un sueño  
Mi hijo  
Cielo impío  
Admoniciones de la sangre  
Prodigio de la forma  
Despedida  
Cielo oscuro  
Eclesiastés 4: 1, 2, 3  
Solitario guijarro de nuevo  
Invocación  
Ahora el infortunio  
En el hospital  
Otra versión de un poema de Robert Frost  
Entre el perro y el niño, un cordel  
Navidad  
A una muchacha violada  
Consumación  
En el cementerio húngaro de Lambaré  
Panteón familiar  
En el vertedero  
Muerte de un niño  
Última instancia  
Certeza

#### Índice alfabético

Ahora que conoces los lindes del horror  
Aquí es donde el sosiego se yergue victorioso  
A través del cristal de la ventana  
Bajo el cielo diáfano de enero,  
Bajo el sol de la mañana  
Ciudad que guardas el encanto  
Como si fuera el moroso sol del mediodía,  
Como un cuento casi, casi como una leyenda  
Como un dios que aguarda la ofrenda, fulgen sus ojos  
Cuando, por fin, se apagan  
Cuando, vencido, combes la cerviz  
Cuánto amor no fingido descubres todavía  
El cisma que separa la vida de la muerte

El pampero pasa silbando su canción de desesperanza,  
El sol relampaguea en los altos cipreses,  
En cierto bastión de fronda  
En el desierto del tiempo  
En esta hora natal en que los hombres dejan de contender  
En este instante, cuando el último estertor  
Es diciembre,  
Esta pasión secreta que nos mueve  
Esta sangre que nos dieran, no como simple arbitrio de la naturaleza  
Es un sol distinto el que besa las tierras  
Hacia el filo del alba  
Has querido poblar tu soledad  
Inclinado a babor, fauces de moho  
¿Recuerdas el conejo aquél,  
La canoa en el río es lo que ella desea,  
La flecha de la aurora, silenciosa  
Las aguas de aquel mar que ahora mismo estallan  
Los que viajan siempre  
Más que lluvia: llanto  
Me basta el instante. Te contemplo.  
No es la lumbrera alentada por la fragua  
No hay mortaja de luna.  
No son falsos los días  
Para mis ojos obstinados,  
Por el trajín de las hormigas  
Saber, sé. Sé que este otoño  
Sentado en la orilla,  
Si estos ojos implorantes,  
Sobre la fétida extensión de los desperdicios,  
Testigos que fuimos del parto del alba,  
Te vi venir desde hace tiempo  
Tú brillas y reflejas. Oh eco de la luz;  
Vibra, al silbato del tren,

a Zulma,  
más que esposa  
a mis hijos,  
que todo lo merecen

Cielo abierto

Albor cercano

(Alfonso Loma, 16 de marzo de 1986)

La flecha de la aurora, silenciosa  
cruza la madrugada. Avanza con un blanco resplandor,  
revelando el perfil de las panzudas nubes  
que, derrotadas, se alejan con la noche declinante.  
Abajo, entre los árboles umbrosos, 5  
como signo inefable de alegría,  
un creciente trinar estremece la fronda:  
el alba está llegando; rompe el día  
con su lezna de luz punzando las tinieblas.

Entre las sombras últimas que al oeste agonizan, 10  
los desamparados lobos aúllan  
hacia una luna exangüe.

-12-

Prodigio en un predio apenas ciudadano

Bajo el cielo diáfano de enero,  
palor a la deriva de la brisa  
lozana todavía, su venero  
de luz fecunda suelta la mañana.  
Y retozando reptá, mas sin prisa, 5  
entre el celeste azul que el aire ondula.  
Y cuanto más el éxtasis se afana,  
un rincón -cuyo encanto se acumula  
con la sombra minúscula del patio-  
muestra una enredadera de campánula 10  
desde el verde tenaz que fuerza el césped.

¿Un prodigio sin fin... o fin de fábula?:

un raudo colibrí aquí es el huésped  
del rosado panal de campanillas.  
Y bate así sus alas rapidísimas 15  
al contacto del cáliz de una flor:  
clava el pico -¡divina maravilla!-  
y liba la sustancia ya dulcísima  
alejándose luego entre el claror.

Absoluta belleza: se condensan 20  
la mañana, la flor y el picaflor.

-13-

Ensueño en un patio de Ysaty

in memoriam  
José Asunción Flores

Cuánto amor no fingido descubres todavía  
entre el divino engarce  
de sinesias, romero y pacholí.  
Ah música que vibras bajo pámpanos  
de humilde parralera. 5  
Desde el hondo fervor dominical  
que alienta este sencillo  
jolgorio proletario,  
el duende de tu canto me revela  
el misterio que guarda la pureza 10  
de tu origen... y tu nombre: Cholí.

-14-

Otro ensueño en Ysaty

A ti, flor de mi vida,  
selvática azucena.

EMILIANO R. FERNÁNDEZ

En cierto bastión de fronda  
-y a su sombra generosa-  
de aquel suburbio usurpado  
a la inocencia del campo,  
un lánguido bordoneo 5  
cifra la magia en el vientre  
de la acústica madera,  
vuelta prodigio en dos manos.

Y por tal magia preñada  
y seis duendes que despiertan 10  
desde el sopor del cordaje,  
tiembla en el aire un acorde  
para iniciar el hechizo:  
divino parto de sonos,  
en alas del viento vuelan 15  
siete notas musicales.

-15-

## Luna

Tú brillas y reflejas. Oh eco de la luz;  
sublime instigadora de los enamorados,  
faro de los navíos que en los escollos pugnan  
sin brújula o sextante,  
ambulante farol que, cuando pleno asomas, 5  
alumbras para el goce nocturno de los ojos  
una esquina apagada, un jardín tinto en negro,  
un río oscurecido, unos montes velados  
o el brillo de unos ojos que la penumbra opaca.

Oh tú, sibila eterna: 10  
buscando una respuesta a nuestro ignoto origen,  
enigma indescifrable que como un ascua quema  
el nervio más sensible que el hombre poseyera  
o el signo o la señal que fija el derrotero  
en las encrucijadas de la vida, 15  
a ti se dirigieron, a ti te han consultado  
aquellos que inventaron el fuego en las cavernas,  
asirios y caldeos, los jinetes de Atila,  
los Césares de Roma, Aníbal, Alejandro

y aun los astronautas que luego profanaron 20  
el inmenso silencio de tu corteza núbil.

-16-

Yo, átomo también del cosmos infinito,  
soplo de oscura arcilla que rueda todavía,  
efímera soberbia, latido transitorio  
cuyo final es noche como noche su origen, 25  
rendido ante el prodigio de tu fulgor sereno  
me inclino en esta noche sobre mi propia sombra,  
mi sombra declinante, premonitoria sombra  
que tu piadosa luz, luz sobrevividora,  
proyecta y delinea sobre la madre tierra. 30

Pues que sin ti, de noche, la Tierra es sombra toda.

-17-

## Poesía

a Li Tai Po, que estará  
bebiendo vino en las estrellas

Esta pasión secreta que nos mueve  
a descifrar los símbolos, los sueños,  
para cifrar con ellos la certeza,  
¿es pasión en verdad o es la quimera  
de urdir algunos versos con la trama 5  
del amor, el dolor y la belleza?

Temblando ante la flor que se abre al mundo;  
extático ante el beso o la mirada  
que se prodigan los amantes núbiles  
o sollozando sobre el pecho frágil 10  
de los desamparados,  
mi propia voz responde,  
malabarando el verbo que se vuelve  
-para mi corazón desguarnecido-  
canción a la hermosura, 15  
saeta del amor, amparo en la tormenta.

Al pie de la letra

Como un dios que aguarda la ofrenda, fulgen sus ojos  
bajo el halo difuso que ciñe su cabeza. Alta cabeza,  
devastadora de sombras, rutilante engarce  
de un cuerpo temporal que el espíritu extinguió, para ser,  
sólo él, encendido lunar, gema de dación inmensurable 5  
que en su vastedad destella como un faro, como un calmo haz de  
luz  
que señala al hombre la pavorosa intermediación del despeñadero.  
Cabeza o cima o cumbre que, erguida desde el amor y el dolor,  
con fervor obseso anima ahora, y cada hora, un alumbramiento;  
batiéndose con desnudo bajo un arco de memorias quietas, 10  
bajo un aura presagiosa de vívidas palabras,  
bajo un dosel de contenida voz presta a propagarse.  
Y encima de aquello que, más abajo, sobre su misma sombra  
ausente  
yace, albo y silente, como un pecho desnudado dispuesto a los  
dardos  
de las sílabas que aún bogan con el viento: el casto papel.  
15

Mirad también la mano. Alienta un pulso de sueños  
crecientes,  
-19-  
de avides del rayo divino que siega cerrazones  
y fulmina las sombras impuras que agreden a las falanges  
inermes.  
Mano transparente, estriada de venas por donde las voces se  
esparcen  
y bifurcan como avenida en busca de plácidos remansos. Y que  
ahora, 20  
batiendo como alas sobre el pecho puro,  
se crispa y abre en tensa espera del verbo  
que, en progresión continua, ardiente como ascua genesíaca,  
domeñándose  
avanza bajo la palpitante celosía de la sien.

Y tan luego un soplo, una ráfaga ligera, 25  
una incierta vibración como de sismos en ciernes,  
un súbito temblor bajo la frente buida de relámpagos dormidos,  
y un latido de luz definitiva levemente en la oscuridad

despunta:

Canta un pájaro en la copa de un árbol...

-20-

Te vi venir

Te vi venir desde hace tiempo  
en la memoria. Nebulosa,  
apenas perceptible en la antigua añoranza  
de tu existencia.  
Con arcilla de sueños 5  
fui modelando tu rostro, poco a poco,  
hasta lograr tu imagen luminosa de paloma.

Ah medida exacta de mis ansias:  
nada en ti me es extraño;  
hasta el abismo insondable de tu alma 10  
ha sido desde antaño  
certidumbre de mi búsqueda sin hitos.

Cóncava, sonriente,  
concertabas conmigo citas imposibles  
en plazas silenciosas y remotas 15  
donde veríamos morir las tardes  
en rojas agonías de ponientes.  
Sentados sobre bancos invisibles  
hablaríamos de pájaros, de humo, de viajes  
con las trémulas manos enlazadas. 20  
Tú llevarías siempre una flor en el pecho  
y el rosal de tu boca moriría  
en el fuego de mis besos.

-21-

Así te fui concibiendo:  
presurosa, pura, 25  
apurando el estío inmovible de mis días  
hasta el muro gris que nos separa.  
Y así te escurres en mí,  
como las lluvias. Y en torrentes de amor,  
con grandes ademanes, huyes de mí, 30  
te vuelves nadie.

-[22]- -23-

Bajo otro cielo  
(Buenos Aires, 1967-1975)

Retomo: seca noria que no mueve.

JORGE GUILLÉN

-[24]- -25-

Exilio

Los que viajan siempre  
fijan la brújula y el viento;  
desdeñan las estrellas del trayecto  
y el dosel de luna que paren los crepúsculos.  
En las ciudades que pernoctan 5  
no se detienen a conversar con los recuerdos  
ni advierten las palomas  
que estremecen los tejados:  
de toda memoria se desprenden  
y hienden los caminos 10  
sin ninguna emoción que los agite.

En cambio tú,  
rodando hacia el acaso  
que te ciñe el corazón como a un ahorcado el nudo,  
insomne y solitario 15  
deambulas por calles extranjeras:  
la piedad, andrajosa  
como un mendigo, cojea a tu costado.

Pero aunque la ignominia te ultraje todavía  
y te oprima la garganta, pese a las fronteras 20  
sigues ligado a tu tierra,

-26-

tuya siempre por el dolor de tu ausencia,  
tierra a la que tus venas se aferran  
tenaces

Para el destierro

a Carlos e Iván Decker

Es un sol distinto el que besa las tierras  
que recorreréis en este peregrinaje.  
Atrás quedaron, apagadas, las voces amigas  
con quienes horadasteis desde siempre  
el vientre del silencio 5  
para engendrar alguna vez la nueva certidumbre  
que parirá su luz y su alegría  
en los boquerones sedientos de Catavi,  
en los nevados picos de los Andes,  
entre el aliento vegetal del Beni, 10  
en las hondas ansiedades de los pozos  
de Santa Cruz y de Camiri  
y en el socavado platerío de Potosí.

Más allá los océanos recogerán vuestro  
y devolverán a los chacales 15  
un oleaje de colibríes degollados  
que ascenderá hasta las ruinas  
en un aleteo último de sed y

Pero la novia dilecta del hombre,  
la Esperanza, 20  
acunará vuestros sueños en noches de fusiles y palabras  
y una lluvia venida del frente

-28-

os despertará una mañana luminosa  
para llorar con ella el alborozo de contemplar  
cómo germinan las semillas libertarias 25  
en la afligida azotea de América.

## Zulmamor

Por el trajín de las hormigas  
en los ligustros,  
sé que es primavera.  
La siento a flor de tierra,  
donde las semillas se abren 5  
como mi corazón al tuyo.  
Puedo verla en los retoños  
del ciruelo,  
cuyos frutos, mañana,  
envidiarán la grana de tu boca. 10  
Y está también presente  
cuando te miro  
y fluyes, cálida,  
desde mis pies hasta mi nuca.

Yazgo a la sombra de los pinos... 15  
y en la hierba una paloma  
me acerca tu presencia,  
para gritar tu nombre  
-en fiel silencio-,  
con las flores perennes 20  
que me diste.

1971

-30-

## Carta a mi madre

El pampero pasa silbando su canción de desesperanza,  
amoratando rostros anónimos.  
Madre, qué soledad: estoy solo en el Sur.  
Las aguas mueren constantemente en los muelles  
y asisto sin querer a sus exequias de espuma. 5  
Un cortejo de balandras balancea tu recuerdo en mis ojos  
y anclo mi soledad en tus brazos.  
Miro los buques: cuántos nombres extraños;  
quisiera adivinar el tuyo en ellos  
para saciar la avidéz de tu presencia 10  
y rescatar el llanto que se me ahoga en la nostalgia.  
Pero es siempre tu ausencia.

Entonces vuelvo mis pasos desolados  
entre los fríos paralelos de acero,  
apretujando en mis manos la distancia 15  
hasta llegar a ti en un viaje imaginario.  
Más al sur, las coníferas cantan su canción verde  
y aumenta bajo ellas la aflicción que me circunda.  
Qué oscuridad. Cuántas noches como ésta  
vi tu rostro llorando en los pinares; 20  
no quise tocarte para no borrarte de mis ojos.

Madre, tú dirás cuando leas esto:  
-Pobre, lo vi partir bajo la cálida lluvia de enero  
-31-  
sin más bagaje que sus penas. ¿Regresará algún día  
para que yo pueda morir en sus brazos? 25  
Oh madre, la desventura que acaso hoy nos separa  
nos unirá mañana en las estrellas:  
niño en tu regazo podré entregarte entonces  
este cuenco de besos que hace tiempo te debo.

Buenos Aires, Dársena Norte,  
junio de 1967  
-32-

Bajo otro cielo

I

No son falsos los días  
ni apócrifas las noches  
para mentir un sol  
o fingir una luna:

pero no es éste el sol de mis veranos 5  
ni la luna siguiente como aquella  
que ilumina las copas de los mangos.

II

Es falso el paraíso  
que me ofrecen las luces  
vanas -si no banales- 10  
de estas calles extrañas:

bajo un tajo procaz el muslo ajado  
precede a una impúdica sonrisa  
que escupe una mentira almibarada.

-33-

### III

Sin brújula, transido, 15  
extravió mis pasos en el espúreo andén  
de un fragor subterráneo:

miente un perfume el tufo indefinido  
que la ola humana exhala en esta bóveda.  
¿Dónde el límpido aroma de azahares? 20

### IV

No. No miente  
la abollada barra de este decrepito bar:  
si es julio -y éste es el Sur-,  
el invierno afuera  
exige el gabán gastado; 25  
muy adentro el calor fingido  
de la no ficticia  
caña quemada,  
piadosamente quema  
el frío de la nostalgia. 30

### V

Impunemente,  
este sonido extraño,  
con voluntad de duros inmigrantes,  
aturde los oídos  
y asedia al casto pentagrama de la selva. 35

-34-

Pero siempre resisten los vocablos  
en el agreste escudo de su canto.  
Y si en cierta pesadilla  
de algún retorno ya imposible  
el asalto final se precipita, 40  
queda la opción suicida del olvido  
en el despeñadero  
de las copas de vino.

VI

Las mansas palomas de esta plaza  
ya no fingen en mis retinas 45  
una remota bandada de torcazas.  
Tampoco mienten los plátanos desnudos  
algún espectro ardido de lapachos.

Toca a su fin  
esta ardua sucesión de ficciones: 50  
como leño ardiendo,  
crepita en mi bolsillo  
el boleto de regreso.

-35-

Espejo del cielo

-[36]- -37-

Río a contraluz

Entre el fauno canoero

y la ninfa lavandera.

J. A. RAUSKIN

La canoa en el río es lo que ella desea,  
púdica cuna fluvial para mecer sus sueños.  
El río se lleva su núbil latido. Su voz  
y su aliento por altos barrancos descienden  
y, desde un severo pontón que emerge a flor de agua 5  
-madero ennegrecido, retén de camalotes-,  
un bruno nadador, luciendo su oro en un diente,  
con rápido ademán de pez flechado los recoge;  
ya es ella prisionera de un pecho rumoroso;  
es cautiva del río y de sus largos dedos. 10

Y de este modo sueña que ha perdido el miedo  
de bogar en la corriente... o contra ella.  
Y al río se entrega, a su raudo abrazo,  
a sus múltiples manos abiertas en la tierra.  
Ha perdido el temor. Y es el ágora del río 15  
-losa de limo abajo, arriba bancos de arena-  
quien un sitio cede a su habitante dilecto:  
él y el sol en un bote se mecen, poseyéndola.

-38-

Itapytãpunta

Sentado en la orilla,  
miro las aguas del río  
rodando  
hacia la lejana hondura del mar.

Así también ayer, 5  
desde estas mismas piedras,  
imperceptiblemente  
se fue yendo mi infancia.

-39-

## El barco abandonado

Inclinado a babor, fauces de mohó  
acechando la inercia de tu quilla.  
La oscura soledad de tus bodegas  
es féretro de sueños degollados,  
del último dolor de los marinos 5  
que huyeron sin cerrar las escotillas.

El silencio es atroz en tu cubierta,  
sin el canto de amor del calafate.  
Mas el lento crujir de tus cuadernas  
es llanto y es asombro de un fantasma: 10  
ha muerto el capitán. ¿Quién te acompaña?

Te acompaña la Rosa de los Vientos  
en los tristes vaivenes de la muerte:  
de todos los cuadrantes te transporta  
el lejano piar de las gaviotas 15  
y un furor amainado de tormentas  
simulando banderas en tu mástil.

Las novias, sumergidas en los puertos,  
aguardarán en vano tu llegada;  
has dejado, dispersos en los muelles, 20  
corazones radiantes en naufragio  
-40-  
y rincones vacíos en las fondas,  
y guitarras llorosas, apagadas  
junto al ciego final de tus faroles.

Tu severa armazón: beso de luna 25  
y de peces fundiéndose en el limo.

-41-

## Asunción 1960

Ciudad que guardas el encanto  
del murmullo de tu río,  
del denso aroma de tus azahares,  
del trinar de tus pájaros.

Todos estos dones: 5  
rocío, perfume, canto de las aves,  
los tomé un día en secreto  
de la boca virgen  
de una de tus hijas.

-42-

### Niño de la siesta

Es diciembre,  
el tiempo aún púber del verano;  
justo en el vértice absoluto  
de la siesta,  
el sol se desalienta 5  
y languidece  
una hora  
bajo la fronda de los mangos.

Tal vez bajo otras ramas  
-acaso a tres palmos del río- 10  
y en el óvalo cóncavo de una hamaca,  
la urgencia del estío en vano alienta  
el batir ya declinante  
de un apócrifo abanico.  
¿Hastío? No. 15  
Morfeo en torno catequiza  
a pesar de tu casta indiferencia  
hacia el verano,  
pese al pavor de la cigarra  
entre los cuencos enfrentados 20  
de tus manos.

-43-

### Cierto invierno de antaño

Vibra, al silbato del tren,  
el niño madrugador  
en cierto invierno de antaño.

Andén Uno, Andén Dos...  
van descifrando sus ojos 5  
de novísimo lector.

Y entre vapores bufantes,  
entre chispas... una chipa  
y el vuelo de su bufanda.

Ah vacaciones de ayer, 10  
cuando julio era una pausa  
sin cuadernos, sin deber.

La máquina está en camino  
y al rato un sopor profundo  
derrocha un sueño divino: 15

bajo el cielo de su casa  
la imposible bicicleta  
y, de dulces, una caja.

-44-

Despierta sobresaltado  
en una estación distinta, 20  
a cuatro pasos de un lago.

-45-

#### Arroyo de la infancia

En el desierto del tiempo  
-entre la fina arena  
de las horas escurriéndose-  
busco tu perdido cauce,  
oh linfa irrepetible. 5

Pero no eres más que un espejismo  
para mi sed creciente  
en esta caminata irreversible,  
arroyo de la infancia.

Lluvia

Más que lluvia: llanto  
de nube condolida  
sobre la agotada lágrima  
de la tierra.  
Y no menos. Agua ya, 5  
vida  
entre el espasmo: grietas,  
corteza contraída,  
tajos,  
filigranas o labios 10  
anhelantes y besados.  
Y entre las venas abiertas,  
cantarina fluidez. Agua:  
dardo húmedo punzando la sed.  
Y sed y lluvia, 15  
prodigiosas ambas.  
¿Vida?  
Gea saciada.

Verona a orillas del mar

No hay mortaja de luna.  
En la penumbra toda,  
el sollozo del mar  
espuma la tristeza.

La pasión que soñara con la muerte 5  
halló en la arena el escenario puro:  
libres -¡oh libertad!-,  
pero atados de amor,  
sus cuerpos amadores en la playa  
son solamente restos de un naufragio. 10

## La sed

A través del cristal de la ventana  
miro la lluvia  
prodigándose en la sedienta  
corteza de la tierra.

Oh amor, ¿acaso ignoras 5  
que por otra sed nunca saciada  
unas lágrimas bañan  
el divino rubor de unas mejillas?

Si así no fuere,  
apiádate y alivia ese tormento: 10  
señala el camino que conduce  
a las aguas del Leteo.

-49-

## Ulises

El canto habrá cesado,  
las sirenas callado, y sus ecos.

LUIS CERNUDA

Las aguas de aquel mar que ahora mismo estallan  
en los acantilados de Sicilia  
y se recuestan, plácidas, en playas de Israel,  
son las mismas que ayer, premonitoriamente,  
cerca de las riberas hechizadas, 5  
lloraron consternadas  
bajo el casco crujiente de tu barca  
cuando, fijo el latido de tus sienas  
en aquella que en Ítaca tejía  
la urdimbre interminable de la espera, 10  
gimiendo resististe los acosos  
de la dulce canción de las sirenas.

Mas hoy, de costa en costa, sólo arrastran  
los ecos apagados de aquel canto

en las espumas tristes de tu ausencia. 15

-[50]- -51-

Cielo íntimo

-[52]- -53-

Vano dolor

in memoriam  
V́ctor Ram3n Bracho

Para mis ojos obstinados,  
incrédulos ojos que vanamente buscan  
tu figura absorta silbando en las ventanas  
o, silenciosa y lenta,  
descifrando el pentagrama de las aceras vacías, 5  
todo es miserable.  
Son míseras  
estas arduas veredas que torturan los raudales  
cuando llueve, como hoy,  
en este cementerio sencillamente proletario. 10  
Y también lo son  
aquellas manos que, con anónima impiedad,  
sellaron con tanta inútil argamasa  
esta bóveda soez,  
este ficticio columbario de silencios sin palomas, 15  
esta espúrea cripta  
que guarda, esconde, ciñe las oscuras tablas erigidas  
donde definitivamente te deshaces,  
donde ya eres creciente polvo encajonado  
y no nutriente de algùn árbol 20  
como aquellos que ayer amaste tanto.

-54-

Pero qué importa si no te han devuelto a la tierra.  
No yaces bajo ella. No sonarán entonces,  
en la abatida caja de tu pecho puro,  
la indecisa pisada del hombre transitorio 25  
ni los pasos que, sin brújula,  
para siempre en el Sur extraviaste.

Y qué importa al final toda esta pena,  
si de la tierra misma es el ladrillo,  
la cal, la arena, el clavo y la madera 30  
que yerguen el brevísimo recinto  
donde hoy ya te disuelves,  
tú,  
que también fuiste  
animado terrón con forma humana. 35

-55-

### Memorias de un sueño

a José-Luis Appleyard

Testigos que fuimos del parto del alba,  
flamearon luces de asombro en tus pupilas.  
Bebimos la última copa de sake  
y salimos a deambular calle abajo  
con el silencio quebrado por el piar de los gorriones 5  
(la brisa desperezaba los naranjos  
y tachonaba de azahares las aceras vacías).  
Felices todavía llegamos a la casa:  
abrumado por la fiebre sideral de sus próximos poemas,  
cierto poeta luchaba 10  
con la roca de Sísifo como estandarte cruel de la cruzada.

Hablamos de Góngora toda la mañana  
(él nos ignoraba, adusto en su retrato)  
y no pudiste decirle a la hermana Marica, mañana, que es  
fiesta,  
porque la tos de nuevo te taladró de espasmos. 15  
No logramos comer al mediodía.  
A la mesa solitaria acudieron presurosas  
las ninfas de todo el vecindario  
para mirar sin comprender tu vieja campanilla,  
muda sobre el mantel almidonado. 20  
Salimos entonces a caminar bajo la lluvia;  
yo detrás de mi padre  
y tú, niño, en brazos de tu madre muerta.

Me señalabas los raudales que pulían las piedras de Rodó;  
y en barquitos de papel llegamos, al fin del día, 25  
a las arenas de Varadero:  
entre cadavéricos buques, entre quillas derruidas,  
Manolo Prieto filmaba el sueño compartido de un barco  
abandonado.

Reímos toda la noche (Cristo con nosotros a la vera del agua)  
y entre huesos de peces muertos vimos, en la ribera opuesta,  
30  
nuestra propia osamenta profanada por los cuervos.

Al nuevo día descendimos por el soleado río,  
con nuestros ojos rotos de imaginar péndulos  
en el vaivén de los camalotes.  
De pronto nos cruzamos con la nave de Caronte, 35  
quien, ciego, nos acechaba desde el puente de su nave:  
crujieron las cuadernas de nuestro viejo buque  
y tu barba oscureció a la sombra de los mástiles quebrados.  
Sofocados de llanto, desde popa corrimos,  
sobre amarillentos libros que alfombraban la cubierta, 40  
hasta el mascarón de proa que Laterza Parodi tallaba,  
ya incommovible,  
con sus manos aromadas de caña y de limones.

Dormido el sol, arribamos al puerto deseado:  
te vi partir por sus callejas, 45  
del haz de tus poemas  
tomado de la mano.

Mi hijo

a Ricardo

Me basta el instante. Te contemplo.  
Cae sesgado el sol  
sobre la primavera de tu cuerpo

y, desde el milagro de la luz,  
de tu propia vida, te prolongas. 5  
Enhiesto, inmerso en tanto resplandor,  
una muda sombra de ti se escurre  
y extiende,  
asida con denuedo a la dormida impudicia  
de tus plantas. 10  
Tú y tu sombra:  
ángulo perfecto, núbil espejo  
que desde el vértice quieto exhuma, proyecta,  
levanta mi ardido ayer de veranos gozosos.  
Y más: como una montaña que pudiera elevarse, 15  
que pudiera erguirse sobre los años  
que se agrietan ante el otoño en ciernes,  
me guardas contra el viento  
que aúlla todavía a mis espaldas.

Eres el punto exacto donde confluyen 20  
los vínculos poderosos,  
el curso continuo de mi pulso denodado,  
-58-  
los lentos cartílagos que de mis huesos retoñaron.  
Bajo tu frente luminosa  
-continente de vida, vivísimo mundo 25  
donde declina la urgencia de la muerte-  
ya se inicia un leve latido de arcilla,  
génesis de vastas sucesiones  
que se alzarán mañana, prodigiosamente,  
de cada desastre del proceso final 30  
en los inviernos.

1985  
-59-

Cielo impío

a Mauro Marzochi, quien me abrió  
el corazón de São Paulo

¿Recuerdas el conejo aquél,  
el del benéfico solaz de Rubem Leme?  
Con una herida atroz lo vi arrastrarse ayer;

penosamente trepaba las arduas colinas de Cotía.  
En sus ojos fulgían el dolor inmensurable 5  
y el espanto de infaustos presagios:  
ardían las orquídeas del follaje  
y los colibríes morían, silenciosos,  
entre los guijarros de la senda umbría.  
En la opuesta ladera, el joão-de-barro 10  
piaba entre los terrones de su morada rota;  
mientras, un sol velado ensombrecía el horizonte.

El viento de la vida nos dispersa:  
hoy huye la alegría de mis manos vacías  
y el samba, inerme, 15  
se ovilla entre tus pies, gimiendo.  
Dos patas de conejo cuelgan sobre el pecho  
del espectro cruel del infortunio.

1986  
-60-

### Admoniciones de la sangre

a mis hermanos

Esta sangre que nos dieran, no como simple arbitrio de la  
naturaleza  
sino como una irrepetible fábula del amor,  
es una ligazón que hemos desgastado con el tiempo.  
A nuevas voluntades entregada,  
dispersa entre las vastas sucesiones 5  
que bifurcan las tribulaciones del linaje,  
su pulso declinante ya apenas nos reúne  
en torno a la arteria genesial que sobrevive.

Cada cual un solitario en los bullicios pretendidos,  
ya casi unos extraños a pesar del idéntico fulgor de nuestros  
ojos, 10  
nos sentamos a la mesa con el rostro enmascarado,  
fingiendo la mordaza que ciñe nuestros labios,  
ajenos al clamor de nuestros corazones  
que, afligidos, sostienen todavía la sal acumulada

por el tránsito azaroso de nuestro amor fraterno. 15

Tal vez reconvenidos por el dolor secreto,  
apelamos a la última elección que puede redimirnos:  
la piadosa memoria nos transporta  
hasta el humilde cuarto enladrillado  
donde, niños entonces, tomados de la mano 20  
-61-  
de par en par abríamos nuestros pechos  
sin amenaza alguna para ningún orgullo o patrimonio.

Y ahora sollozamos a escondidas. Y un grito desgarrado nos  
sacude  
y se instala en el hueco glacial de nuestras sienes: nuestro  
padre.

1986

-62-

Prodigio de la forma

a Hugo Pistilli

No es la lumbre alentada por la fragua  
la que signa el perfil de la materia  
sometida al prodigio de tus manos:  
es el cosmos de luz que en ti se agita,  
ese cielo recóndito en tu frente 5  
donde pugnan relámpagos sublimes  
y terribles arcángeles de sueños,  
antinomias insignes que, al fundirse  
en el crisol que bulle tras tus sienes,  
descienden presurosas por las venas 10  
hasta el duende genial de tus falanges.

Y allí sueltan la luz, se precipitan  
sobre el ascua dispuesta que ya espera  
a ser forma al final, pura belleza,  
la simple maravilla que liberas 15  
al espasmo gozoso de los ojos,

al orgasmo visual que nos revela  
la mágica creación, el mudo verbo  
que se yergue magnífico y proclama  
que si el hombre es mortal y la hermosura 20  
eterna, ambos recrean lo divino.

1987  
-63-

### Despedida

a la muerte de Ricardo Mazó

El cisma que separa la vida de la muerte  
cedió bajo tus plantas. Hoy yaces bajo tierra,  
bajo la oscura tierra que jubilosamente  
fulgura a tu llegada, pues en tu frente llevas,  
oh surtidor de estrellas, luceros diferentes, 5  
la clara resonancia que has dado a la palabra.  
Pero sobre ella dejas mil pechos miserables,  
mil cajas donde baten dolientes corazones  
por esta artera siega que el tiempo ha consumado.

Entonces, dime, amigo de pura voz callada, 10  
oh viajero continuo que en la noche te alejas:  
¿Cuál verbo y flor secreta contigo te has llevado,  
que mueren los vocablos y los jardines hieden  
cuando quiero evocarte desde un sitio aromado?  
¿Qué ronca voz alientas, qué verbo clamoroso 15  
empujas todavía en mi pecho azorado?  
Mi buen amigo, callas, y brota esta pregunta  
que fuera daga y sal de tu nostalgia ardida:  
¿Has encontrado al fin en ese espacio ilímite,  
en esa amplia caverna con techos de basalto, 20  
al cándido juglar de tu primera infancia,  
aquél que fue cautivo de la excelsa belleza  
del cierzo en los naranjos?

-64-

No me respondes tú, pero este raudo viento  
que viene desde el Sur me dice que tu rostro 25

sonríe entre un manojito de tersos azahares;  
que erguido entre jazmines que el mismo viento orea  
el ángel que te guarda, hierático, te vela,  
y con su diestra en alto, perennal hacia el cielo,  
levanta para siempre la antorcha de tus versos. 30

1987

-65-

Cielo oscuro

-[66]- -67-

Eclesiastés 4: 1, 2, 3

It is a privilege to be dead.

ALLEN TATE

Cuando, vencido, combes la cerviz  
y gimiendo al final te desmorones  
como un títere que cuelga de una mano derrotada,  
crecerá en tu contorno el rechinar  
de los fieros colmillos de los lobos; 5  
y los cuervos, graznando,  
descenderán en busca de la carroña en ciernes:  
la piedad será entonces un alba mendicante  
detrás de la soberbia de la noche.

Tu rostro en tierra alentará la sed, 10  
pero el duro frontón de la mordaza  
no dejará que bebas  
ni siquiera la sal de tu infortunio.  
Y desde allí, un palmo más abajo,  
verás al fin los lindes del paraíso 15  
en el sueño apacible de los muertos  
quienes, distantes ya de la tragedia,  
podrán decirte acaso  
el secreto del tránsito al sosiego.

O la feliz certeza que guarda un vientre núbil: 20  
de nuevo ser, bajo este cielo impío,  
un niño inengendrado.

-68-

Solitario guijarro de nuevo

(Silverio)

Como un cuento casi, casi como una leyenda  
que emerge y se oculta  
y se aferra con denuedo a tu memoria,  
refieres que una poción  
(dulcísima fluidez de muerte, río letal 5  
para la avidez de los labios mordidos,  
beso postrero entre vida y cansancio)  
ahogó los sueños de tu madre rendida.  
Hoy su pecho opreso bajo tierra  
nuevamente nutre las génesis. Y tú, 10  
solitario guijarro de nuevo,  
miembro desprendido de una montaña muerta,  
suelto al viento ruedas, giras,  
das tumbos, saltas, te estrellas  
y caes, al fin, 15  
en hondonadas de misericordia. Y allí  
(a pecho abierto, en comunión secreta)  
algún canto olvidado, ya canto rodado,  
gime y contigo llora.  
Y tan pronto recobras el brillo de tus ojos 20  
te despeñas  
hasta un cielo diáfano.  
paraíso tangible que aún purifica tu frente,  
tu corazón. Y más:  
-69-  
que al duro gris de tus castas pupilas 25  
mansamente ennoblece.

Acaso niño tú de infancia quieta,  
no emergida:  
¿Quién remonta pandorgas

cuando a solas digieres tu candor violado? 30  
Dime qué llanto guardas cuando suplicas.  
Dime qué extinto corro de niños imploras  
cuando hiendes, cansado,  
la oscurecida luz de la aurora.

Tu vida es ya un puño 35  
que no pudo atrapar la alegría.  
Ahora ella cruza ante ti,  
inasible  
-como una sombra.

-70-

### Invocación

a Juan Manuel Prieto

Como si fuera el moroso sol del mediodía,  
pausadamente bebemos la luz  
que prontamente se guarece  
tras los muros del silencio. Entonces nosotros,  
espectadores mudos, casi espectros, 5  
con la obstinación de la aquiescencia,  
injuriamos al pecho adolescente  
para lanzarlo a la inútil competencia  
con la antorcha extinguida entre las manos.  
¿En dónde está la luz, 10  
la llama altiva y permanente  
que nos preste la tea del coraje?  
Huye de nosotros como un ciervo espantado,  
huye de nuestra cerviz convexa  
que ya es todo un símbolo en el mármol. 15  
¿Qué miedo nos habita? Sabemos que después  
vendrá de nuevo, como siempre, el acecho de la noche  
y seremos, otra vez, como las nubes,  
huyentes mansamente en el celaje.  
El último minuto se aproxima. Apenas 20  
nos resta el tiempo que define  
la postergada claridad, la de la cifra  
del álgebra feroz que nos amarra.

-71-

Si no, ¿qué serán entonces ellos,  
los que vienen? Tal vez palomas de basalto 25  
que no alcancen a hendir el aire. Y nosotros,  
en las sombras, burdo laurel de barro.

-72-

Ahora el infortunio

La flor seca ya vuela  
de las ramas. Y yo observo atento  
la paciencia de su vuelo irrevocable.

SALVATORE QUASIMODO

Has querido poblar tu soledad  
con la misma canción que acompañara  
la perfidia del «sí» con la pregunta  
que del verbo volver brotara ansiosa;  
con las luces triviales de las calles, 5  
donde otrora fulgían los luceros  
de unos ojos teñidos de esperanza;  
o en la mesa del mismo bar que guarda  
el recuento feliz de unas caricias.

Pero no hay luz, canción ni bar alguno 10  
que suplanten las ruinas que te habitan.  
Pues por cada canción tendrás el eco  
del mismo artero adiós no pronunciado;  
las calles que caminos serán siempre  
oscuros callejones sin salida 15  
y la mesa del bar donde te sientes  
será solo un reducto de ficciones  
y de vana embriaguez y muda súplica.

-73-

Porque a este abismo en sombras, desolada  
región donde te agostas sin consuelo, 20  
tu propio corazón te ha condenado.

-74-

### En el hospital

Si estos ojos implorantes,  
desmesuradamente abiertos en la tragedia,  
brevemente fijaran la mirada  
en las sienes de aquella anónima cabeza  
que diligentemente ausculta el pavor inocultable 5  
que se agita en cada pecho  
(olvidados al fin del horror de las camillas  
que, de tumbo en tumbo, cada hora alejan  
del lánguido aliento de la sala  
los cuerpos definitivamente apagados), 10  
verán en ellas una llama diminuta  
que flamea todavía en la tormenta,  
pues, tan sólo un soplo antes,  
por el frenético latir de las venas que cobija,  
por un momento huyó la muerte 15  
-agazapada.

-75-

### Otra versión de un poema de Robert Frost

Hacia el filo del alba  
he observado a un gorrión  
construyendo su nido  
en un íntimo hueco  
del alar de mi casa. 5  
Oh silencioso afán  
que ha infundido a mi espíritu  
un profundo sosiego,  
salvando así una noche  
de terrible aflicción. 10

-76- -77-

Entre el perro y el niño, un cordel  
a J. A. Rauskin

Pasan despacio y son dos perfiles distintos en la esparcida luz sobre la acera. Tampoco idéntica lumbre les fulge en la sien; porque aún está en ciernes la razón en el niño y desde siempre maduro el instinto en el perro. Pero entre ambos tiembla un nexo divino, que jamás será trailla ni sogas opresora, sino simple cordón umbilical por donde fluye un diálogo secreto y discurren, invisibles, el candor y la pureza en deífico engarce: el cordel. «El niño lleva un perro», dicen. Pero es el perro quien delante guía y conduce. Y quien, cuando el aire mira regresante, en ademán alerta olfatea, huele, husmea y, de súbito, para. Ya levanta las orejas: observa, escucha, atiende. Y con suave tirón, tal vez caricia imperceptible, conduce al niño hacia otra vida, hasta aquélla que late escondida, guarecida, temerosa del fragor impiadoso de la carrera humana: entre rotos ladrillos de un muro en ruinas, algún insecto erige todavía el mundo verdadero. Y niño él, ahora con ojos tan abiertos de tanto azoro, ya es descubridor de un mundo cierto que nítido pervive entre el acoso de la arcilla transitoria.

Perro pastor, pastor lejano, sin rebaños que velar, vuelto, acaso compañero apacible y misericorde, sin atisbo de asombro en sus pupilas, ahora velando un niño lúcido, plácido entre la inquieta jauría, allí donde la súplica es balido, y ladrido la palabra dura.

Navidad

a Charles Richard Carlisle

En esta hora natal en que los hombres dejan de contender  
y con máscaras idénticas se disponen al licor y la mesa buena,

vuelvo la mirada a mis adentros  
y sólo veo mi silencioso pecho como una tierra devastada.  
Pero confiado otra vez en Su misericordia, 5  
hurgo en mi agotada alforja, por si acaso guarde una semilla  
todavía:

con otra tanta y mutable promesa, todo un año nuevamente  
intentaré la siembra en el erial.

Y los convidados irán llegando; colgarán del esplendente  
arbolito

sus corazones alborozados y fraudulentos 10  
cuidadosamente envueltos en brillantes papeles de color.

Los niños, sin embargo, verán en los pesebres  
globos negros que pugnan por un lugar  
entre los ángeles y las estrellas,

mientras el Niño, pacientemente, concederá la absolución 15  
a aquellos que desguazan sus miserias con un eructo  
irreverente.

Sólo los corderos pacen en paz entre los tiernos brotes de  
arroz,

-78-

cuando el lobo, solitario en su guarida,  
se cubre con la piel más suave que obtuviera en la última  
captura

y suelta una lágrima falsa: 20

eso le basta para olvidar el coágulo adherido a sus colmillos.

Entonces la Luz cae serena sobre el platillo donde la sombra  
cede:

hacia allí la balanza lentamente se inclina.

-79-

A una muchacha violada

Ahora que conoces los lindes del horror  
-aquella sensación que nos sacude  
cuando vemos un ave degollada-,  
sollozando recoges los añicos  
del cristal de tu pecho adolescente. 5

Allí, bajo un estrago de cascos y pezuñas,  
con la cruel ligadura del hielo y de la hiel,  
tu corazón trizado recompones  
a la imagen exacta de un canto de basalto:  
desde el frío peñasco de amargura, 10  
al alba sonarán latidos diferentes.

Así también se yergue ante tus ojos  
la dura celosía que erige el desengaño:  
allí oscura, emboscada, de hoy en más  
observarás el rostro abyecto de la vida, 15  
ese espúreo jardín que te encantara  
con flores de papel.

Y cuando tus oídos cautelosos  
oigan la risa atroz de las rameras,  
al fin te apiadarás de su infortunio: 20  
te ha sido revelado ya un algo de misterio  
-80-

con el cual, a horcajadas sobre el mundo,  
ellas miran el paso de los hombres  
desde el ojo de sangre que late entre sus piernas.

-81-

### Consumación

Cuando, por fin, se apagan  
los ecos del último chirrido  
y el polvo suelto en el impacto  
por un instante en el aire gira  
tal manto de agorera niebla 5  
y, ante la desolación de los añicos  
y de la materia retorcida,  
absortos caminantes súbitamente se detienen,  
con cautela suma se acercan  
de uno en vez -hasta ser muchedumbre- 10  
y comentan, cuchichean, consultan entre sí;  
de pronto alguien, en un impulso urgente  
de piedad secreta o de público coraje  
intenta el rescate del cuerpo aprisionado  
(olvidado ya del río de máquinas 15  
que raudo sigue pasando al filo de la muerte),

uno se pregunta:  
dónde el pensamiento grato, o triste,  
que una hora antes hubo surcado  
esa frente que se azula poco a poco; 20  
qué íntima alegría tal vez alentó  
una mueca breve en esos labios  
que ahora se amoratan lentamente,  
-82-

donde un hilo de sangre  
asoma por la comisura 25  
y gotea en el piso ya rugoso  
-que tensa materia también fuera  
un soplo antes del final.

En el cementerio húngaro de Lambaré

a Noemí Ferrari de Nagy

El sol relampaguea en los altos cipreses,  
destila luz en la cabellera de otro árbol  
y, en su girar continuo, de una tumba a otra  
muda la sombra. Y debajo de la sombra,  
la tierra, aún más abajo, entibia un pecho frío 5  
que sigue huyendo de las multitudes  
por secretos túneles, hacia el olvido.

¿No has visto, no has mirado las negras hormigas  
precipitándose fuera en busca de las nutrientes hojas  
del mismo árbol que un cuerpo empuja desde el fondo? 10  
Desde un cráter diminuto, por un ínfimo conducto bajan  
hasta el descarnado esternón, viga maestra  
que aún sostiene el hueco que de alba en alba se ensanchara,  
bóveda que un soplo antes del desmoronamiento fuera  
pecho y latido, cálido recinto de sangre magiar 15  
que aquí, en este suelo extraño, se disuelve.  
Que de un continente a otro, hasta esta tierra igualmente sin  
mar  
llegara un día, con dientes apretados,  
mordiéndolo la sal de la nostalgia.

Hoy soy yo quien viaja en un regreso imaginario. 20  
Navego por las aguas calmas del Danubio y anclo  
una hora donde confluye el Draba.  
En Budapest bebo una copa de vino  
y, hasta la clara noche, deambulo  
por calles de Miskolc, de Szeged y de Győr. 25  
Llega el alba y me inundo:  
parado en medio de la puszta vastísima,  
desposado fugazmente con la Rosa de los Vientos,  
siembro corazones de retornos imposibles.

De vuelta aquí, el mar prestado que nos uniera 30  
silenciosamente hacia el trasfondo de la tierra huye.  
Y desde abajo -entre oleajes de csardas y violines,  
de arpas y guaranias-, alborozadamente crece  
la canción que las vastas sucesiones de Arpad entonaron.

-85-

### Panteón familiar

Aquí es donde el sosiego se yergue victorioso  
sobre la derrotada arrogancia de la carne.  
Aligerados ya de la materia infructuosa,  
desligados del tiempo,  
los esqueletos se dispersan en paz en la inocente penumbra, 5

en la tranquila oscuridad que los envuelve.  
El silencio zumba dulce en los oídos  
y nos invita a un recogimiento repentino:  
una extraña alegría nos invade  
y declina la tristeza que alentara la memoria 10  
desde el álgido amor por su linaje.

Entonces, alborozados, presentimos  
que el puñal de la mortal miseria, grotesco,  
ya sólo clava un hueco entre dos huesos redimidos,  
mientras el viento, cantando, 15  
se aleja entre las alas restauradas de unos ángeles  
sonrientes.

-86-

### En el vertedero

Sobre la fétida extensión de los desperdicios,  
entre el zumbido de las moscas cebadas,  
una sucesión de seres desolados  
hurta entre los restos de tanta saciedad

distanciada por la sinrazón de su ceguera. 5  
Así, con mendrugos mohosos y objetos miserables,  
ninguna dicha se vislumbra, sino sueños ominosos,  
la convivencia cruel con la desesperanza.  
¿Habrán un dardo de luz que alguna vez  
traspase la penumbra de tanta desventura? 10  
¿Alguna fe podrá animar los pasos  
por este callejón oscuro, sin salida?  
Al fondo del enorme revoltijo, tras paredes de desechos,  
los andrajos del horrendo desatino,  
entrevistos como herencia de doctrinas que subyugan 15  
con paraísos intangibles.  
Entretanto unos niños de vientres hinchados  
deambulan, demasiado viejos,  
de un extremo a otro del infortunio.

-87-

#### Muerte de un niño

En este instante, cuando el último estertor  
es un absurdo estremecimiento, un temblor casi grotesco  
para tanta expugnable fragilidad que aún ciñe su intocado  
corazón;  
cuando la sangre que ahora surte del ángel derrotado  
es el mismo signo que señala el eructo de la muerte, 5  
el estupor dilata las pupilas de los mudos transeúntes  
y fija en ellos, no el raudo flujo de los carros,  
sino una hidra incontenible que ejercita su apetito en el  
asfalto.

Horas después que los presentes -de cara a la pared-  
hayan vomitado el horror digerido por los ojos, 10  
las Damas de Caridad, manicuradas, tomarán el té  
a beneficio de los niños expósitos,  
y un elegante caballero firmará una rogatoria  
respecto a una exención de gravámenes  
a fin de suplir una gastada flota de transportes. 15

Entonces los curiosos que fueron invitados a pasar  
verán el rostro de Dios ondulando en el manto de la madre  
quizás como respuesta a la súplica agotada,  
a ese cúmulo de sal infructuosa, única piedad sobrevividora  
de toda la sangre que se ha acabado para siempre. 20

-88-

### Última instancia

Bajo el sol de la mañana  
contemplo los contornos de mi sombra  
extendida  
en una acera antigua y trajinada.  
¿Cuántos otros, alguna vez, 5  
habrán depositado aquí también  
sus sombras pasajeras?  
Si estas mismas losas, piadosamente,  
revelaran mañana esos perfiles,  
podrían erigirse en un rincón 10  
de la memoria  
las formas olvidadas de aquellos  
que entonces, ay, seremos:  
anónimos terrones  
deshaciéndose. 15

-89-

### Certeza

Ignorar es vivir. Saber, morirlo.  
VICENTE ALEIXANDRE

Saber, sé. Sé que este otoño  
que levanta su torre de agónica soberbia  
sobre las foscas ruinas del verano  
sucumbirá mañana en la catástrofe  
del invierno irrevocable. Así, tan sólo un soplo antes, 5  
ardió la primavera en la hoguera del estío.

En vano el hombre intenta detener  
ayeres que continuos le suceden. Desde el soplo de luz  
que le alienta a emerger de la tiniebla  
de donde viene, en ese mismo viento 10  
ondeando como un gallardete, llega.  
Pero apenas una hora  
y, avanzando en el círculo perfecto en que gravita,  
pasa hollando su sombra que entonces ya declina  
y sigue raudo hacia el despeñadero 15  
para hundirse en la misma oscuridad  
de la inmortal materia de donde procediera.

Sólo su amor perdura.  
Y la misericordia,  
que alguna vez acaso una lápida cincele 20  
en la esquiva piedad de la memoria.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**